



## Sobre la biblioteca americana de Juan Valera (1)

EL gobierno liberal nombra a Valera ministro plenipotenciario en Washington el 22 de noviembre de 1883. La estancia de este escritor y diplomático en Norteamérica se prolongará hasta la primavera de 1886. La embajada en Washington será tiempo en el que se alternarán las actividades diplomáticas con la vida social y los trabajos literarios. La gestión diplomática de Valera se sitúa en un momento delicado de las relaciones hispano-norteamericanas, con el conflicto cubano siempre presente. Estos aspectos ya han sido objeto de varios trabajos (1). La abundante correspondencia enviada por Valera a sus correspondientes en España, en forma de despachos diplomáticos y correspondencia privada, es testimonio de sus impresiones sobre la vida social e intelectual norteamericana del momento.

La lectura del epistolario mantenido desde Washington entre Valera y su amigo Menéndez y Pelayo (2), permite reconstruir con detalle este período vital de nuestro autor.

A las pocas semanas de su llegada, Valera redacta sus primeras impresiones americanas: «*De la vida literaria de aquí, si la hay, sé poco hasta ahora. Supongo que será poco lo que habrá que saber, aprender y decir de esto, sobre todo en proporción de la grandeza, prosperidad y magnificencia de la tierra y de los 55 ó 56 millones de seres humanos que la habitan hasta ahora*» (a Menéndez Pelayo, Legación de España en Washington, 26 febrero, 1884).

La importante actividad lectora, mayoritariamente femenina puede ser de interés, según Valera para abrir mercados a la producción editorial española: «*Aunque siempre es lo cierto que en proporción de la mucha gente y de la afición a leer, sobre todo en las mujeres, aquí hay poco; por donde tengo el indicio de que nuestros libros se habrían de vender aquí, si supiésemos divulgarlos*» (Ibidem).

En este sentido Valera proyecta realizar contactos con los principales libreros y editores: «*En Boston, que es el*

*centro literario de aquí y en Filadelfia, Baltimore, Nueva York y otras ciudades buscaré y hallaré libreros que vendan nuestros libros. Con que a enviarlos. Si me enviasen algunas estampas de nuestra Calcografía Nacional, puede que lograse yo ponerlas aquí en moda y hallar para éstas un buen mercado*» (Ibidem).

Referencias a esta preocupación por introducir los libros españoles en norteamérica se encuentran a lo largo de toda la correspondencia con Menéndez Pelayo. Estas ideas no despiertan gran interés en España y la mayoría de sus propuestas en este sentido ni tan siquiera reciben contestación: «*Usted es de los pocos que me quieren bien y no me olvidan. Para casi todos los demás soy yo como si me hubiera muerto. Escribo y no me contestan: hago encargos y no me valen en lo que pido (...) ¿Qué le pasa a Aureliano que no quiere enviarme los grabados de la Calcografía que le he pedido, unos para adornar mi casa de aquí, cuyas paredes están desnudas; otros para darlos aquí a un librero, vendedor de estampas, que doy por cierto que los venderá, dará a conocer y pedirá más?*» (a Menéndez Pelayo, 5 mayo, 1884).

El tipo de mujer norteamericana, culta e independiente es elogiado por Valera frente a una sociedad masculina muy poco atrayente: «*Esto me entusiasma poquisimo como sociedad política o reunión de hombres. Me parece todo vulgar, grosero, zafío, en lo masculino. Las mujeres son otra cosa.. Ellas hacen perdonar muchos defectos de los maridos, hermanos y padres. Las hay muy hermosas; presumen de cultas y a veces lo son; y son sobre todo de extraordinaria amabilidad y dulzura. La libertad de que las mujeres gozan hace que con ellas se trate uno como con los hombres. Reciben solas: van a comer a casa de uno, si uno las convida, etc., etc. Tengo pues unas cuantas señoritas amigas, todo de amistad pura e inocente, pero que tiene sus encantos místicos, propios de mi edad y estado*» (Ibidem).